

# MICHAEL CRICHTON



Esta novela nos sumerge en los aspectos más sombríos de la investigación genética, la especulación farmacéutica y las consecuencias morales de esta nueva realidad. El investigador Henry Kendall mezcla ADN humano y de chimpancé y produce un híbrido extraordinariamente evolucionado al que rescatará del laboratorio y hará pasar como un humano. Tráfico de genes, animales «de diseño», encarnizadas guerras de patentes: un futuro turbador que ya está aquí. Un tema apasionante en el que la realidad supera la ficción. Las consecuencias de la manipulación genética indiscriminada son impredecibles y plantean un debate moral que, sin duda, determinará nuestro futuro inmediato.

## **CHIMPANCÉ PARLANTE EN JAVA**

Un grupo de turistas japoneses confirma que un chimpancé los insultó a gritos cuando visitaban una zona selvática.

**NEXT**

## **CIENTÍFICOS IDENTIFICAN EL GEN DE LA AUTORIDAD**

Se descubre la base genética que comparten las personas que se convierten en líderes.

**NEXT**

## **MASCOTAS TRANSGÉNICAS A LA VENTA**

Cucarachas gigantes, cachorros que no crecen... En poco tiempo estarán disponibles para todos.

**NEXT**

Bienvenidos a nuestro mundo genético. Rápido, furioso, fuera de control. No es el mundo del futuro. Es el mundo de ahora mismo.

Esta novela es ficción,  
salvo las partes que no lo son.

Cuanto más comprensible parece el universo,  
más parece también carecer de sentido.

STEVEN WEINBERG

La palabra «causa» es un altar a un dios desconocido.

WILLIAM JAMES

Lo que no es posible es no elegir.

JEAN-PAUL SARTRE

## Prólogo

Vasco Borden, de cuarenta y cinco años, alisó las solapas de la americana y enderezó la corbata al tiempo que avanzaba por el lujoso pasillo alfombrado. No estaba acostumbrado a llevar traje; por suerte disponía de aquel, azul marino, especialmente diseñado para disimular su constitución musculosa. Borden era corpulento, medía casi un metro noventa y cinco y pesaba ciento diez kilos. Había sido futbolista y a la sazón trabajaba como investigador privado; su especialidad era capturar fugitivos. En aquel preciso momento, Vasco andaba detrás de un hombre, un investigador de posdoctorado de treinta y cinco años, medio calvo, que había huido de la empresa MicroProteonomics de Cambridge, Massachusetts, y se dirigía a la sala principal del congreso.

La edición de 2006 del congreso BioChange, cuyo lema era la entusiástica expresión «¡Hazlo posible ya!», se celebraba en el hotel Venetian de Las Vegas. Los dos mil asistentes desempeñaban todo tipo de funciones dentro del mundo de la biotecnología; entre ellos había inversores, directores de recursos humanos que contrataban a científicos, directores de departamentos de transferencia de tecnología, directores generales y abogados especialistas en propiedad intelectual. De una u otra forma, prácticamente todas las empresas de biotecnología de Estados Unidos se encontraban representadas.

Era el lugar ideal para que el fugitivo se reuniera con su contacto. El hombre tenía aspecto de bobalicón. Su rostro de expresión inocente lucía una perilla mínima y su andar desgarrado le confería cierto aire de timidez e ineptitud. Pero la verdad era que se había escabullido con doce embriones transgénicos en un termo criogénico y los había transportado desde la otra punta del país hasta el congreso, donde planeaba entregárselos a aquel para quien trabajaba.

No era la primera vez que un investigador de posdoctorado se cansaba de trabajar como asalariado. Y tampoco sería la última.

El fugitivo se dirigió al mostrador de recepción para obtener su tarjeta de identificación y colgársela del cuello. Mientras Vasco se paseaba junto a la entrada, se pasó la cinta de su propia tarjeta de identificación por la cabeza. Había acudido bien preparado. Simulaba estar leyendo el panel de intervenciones.

Las conferencias más importantes tendrían lugar en el salón principal. Los seminarios previstos llevaban por título «Mejorar el proceso de selección», «Estrategias decisivas para conservar el talento en la investigación», «Retribución de directivos y dividendos de acciones», «La estrategia de dirección empresarial y la Comisión de Intercambio y Valores», «Las tendencias en el registro de la propiedad industrial», «Los grandes inversionistas: ¿beneficio o perjuicio?» y, por último, «La piratería de los secretos comerciales: ¡protéjase ya!».

La mayor parte del trabajo de Vasco guardaba relación con empresas de alta tecnología. Había asistido con anterioridad a conferencias como aquellas; siempre tenían que ver con la ciencia o con el mundo empresarial. Las actuales eran del segundo tipo.

El fugitivo, que respondía al nombre de Eddie Tolman, lo sobrepasó y entró en el salón de actos. Vasco lo siguió. Tolman avanzó unas cuantas filas y se acomodó en un

asiento solitario. Vasco se deslizó en la fila posterior y eligió un asiento que distaba unos cuantos del fugitivo. Tolman comprobó los mensajes de texto del móvil, luego pareció relajarse y alzó la cabeza dispuesto a escuchar el discurso.

Vasco se preguntó por qué motivo lo hacía.

El hombre que se encontraba en el podio era uno de los capitalistas de riesgo más famosos de California, un auténtico mito de las inversiones en alta tecnología. Se llamaba Jack B. Watson. Su rostro apareció proyectado a gran tamaño en la pantalla que Vasco tenía detrás; su bronceado característico y su imponente atractivo físico se ampliaron hasta llenar la sala. Watson era un hombre de cincuenta y dos años con aspecto juvenil, que cultivaba diligentemente su reputación de capitalista con conciencia. En los acuerdos financieros que había cerrado a lo largo de su carrera no había mostrado un ápice de piedad. No obstante, los medios de comunicación lo presentaban continuamente dando conferencias en escuelas concertadas o concediendo becas a los alumnos menos privilegiados.

Sin embargo, Vasco sabía que lo que el público de aquella sala tenía presente ante todo era la «buena» reputación de Watson para cerrar los tratos más difíciles. Se preguntaba si el hombre sería lo bastante despiadado como para adquirir una docena de embriones transgénicos por medios ilícitos. Suponía que sí.

No obstante, el papel de Watson en aquel preciso momento era más bien de animador.

—La biotecnología está en auge. Nos encontramos a punto de presenciar el mayor crecimiento de un sector empresarial desde la expansión informática de hace treinta años. La empresa de biotecnología más grande que existe, Amgen, de Los Ángeles, cuenta con siete mil empleados. El gobierno federal concede cada año más de cuatro mil millones en becas para estudiar en universidades, desde



Nueva York hasta San Francisco y desde Boston hasta Miami. Los capitalistas de riesgo invierten en las empresas del sector biotecnológico a razón de cinco mil millones anuales. La perspectiva de disponer de remedios magníficos gracias a las células madre, las citocinas y la proteómica está atrayendo a este terreno a los cerebros más brillantes. Y si se tiene en cuenta el hecho de que la población global envejece por momentos, el futuro se presenta más halagüeño que nunca. Pero eso no es todo.

»Hemos llegado a un punto en que podemos permitirnos poner en su sitio a la gran industria farmacológica, y sin duda lo haremos. Esas empresas gigantescas y hinchadas nos necesitan y lo saben. Necesitan genes, necesitan tecnología. Ellas forman parte del pasado, en cambio nosotros representamos el futuro. ¡Estamos donde está el dinero!

Aquello suscitó un gran aplauso. Vasco acomodó su corpulenta figura en el asiento. La audiencia aplaudía, aunque sabía que aquel hijo de puta reduciría sus empresas a la nada en cuestión de segundos si le pareciera conveniente.

—Por supuesto, algunos obstáculos dificultan nuestro progreso. Algunas personas, por muy buenas intenciones que crean albergar, deciden plantarse en medio del camino del avance humano. No quieren que los paralíticos anden, ni que los afectados de cáncer mejoren, ni tampoco que los niños enfermos sobrevivan y puedan jugar. Esas personas tienen sus motivos para poner objeciones: religiosos, éticos o incluso prácticos. Pero sean cuales sean sus razones, el hecho es que se ponen de parte de la muerte. ¡Y no triunfarán!

Más aplausos atronadores. Vasco miró al fugitivo, a Tolman. El tipo volvía a comprobar su móvil. Era evidente que esperaba un mensaje, y que lo esperaba con impaciencia.

¿Significaría aquello que su contacto llegaba tarde?

Seguro que la situación inquietaba a Tolman, porque en algún lugar aquel hombre había escondido un termo de acero inoxidable que contenía nitrógeno líquido para con-

servar los embriones. En su habitación no estaba; Vasco ya lo había buscado allí. Habían pasado cinco días enteros desde que Tolman saliera de Cambridge.

La sustancia refrigerante no duraría por siempre; y si los embriones se calentaban, no servirían para nada. Así que, a menos que Tolman contara con algún modo de reponer el LN2, debía de estar ansioso por sacar el recipiente de su escondrijo y entregárselo al comprador.

Tenía que ocurrir pronto.

Al cabo de una hora como máximo. Vasco estaba seguro.

—Por supuesto, la gente tratará de impedir el progreso — continuó Watson desde el podio—. Incluso las compañías más importantes se ven implicadas en litigios inmotivados e improductivos. Una de mis nuevas empresas, BioGen, con sede en Los Ángeles, ha tenido que presentarse ante el tribunal porque un hombre llamado Burnet cree que no debe cumplir los contratos que firmó de su puño y letra. Resulta que ha cambiado de idea. Burnet tiene intención de impedir el progreso médico si no le pagamos. Es un extorsionador, y su hija es la abogada que lo representa. Así todo queda en familia. —Watson sonrió—. Pero ganaremos el caso. ¡Nada puede detener el progreso!

En aquel momento, Watson levantó las manos y las agitó en el aire mientras el aplauso de la audiencia invadía la sala. Vasco pensó que se comportaba casi igual que un candidato político. ¿Sería aquello a lo que aspiraba? A buen seguro, el tipo tenía suficiente dinero para optar a ser elegido. La riqueza era algo imprescindible en la política estadounidense del momento. Muy pronto...

Levantó la cabeza y se percató de que Tolman había desaparecido.

El asiento estaba vacío.

¡Mierda!

—El progreso es nuestra misión, la vocación a que consagramos nuestra vida —aseguró Watson, alzando la voz—. ¡El progreso ha de derrotar a la enfermedad! ¡El progreso ha de detener el envejecimiento, desterrar la demencia y alargar la vida! ¡Una vida libre de enfermedad, de decaimiento, de dolor y de miedo! ¡El gran sueño de la humanidad! ¡Hecho por fin realidad!

Vasco Borden no lo escuchaba. Caminaba junto a la hilera de asientos hacia el pasillo lateral y escrutaba las salidas. Vio unas cuantas personas que se marchaban, pero ninguna se parecía a Tolman. El tipo no podía haberse escapado, había...

Se volvió hacia atrás justo a tiempo para ver que Tolman avanzaba lentamente por el pasillo central. El tipo volvía a mirar su teléfono móvil.

—¡Sesenta mil millones este año! ¡Doscientos mil millones el que viene! ¡Quinientos mil millones dentro de cinco años! ¡Ese es el futuro de nuestro sector, y ese es el porvenir que ofrecemos a la humanidad!

De súbito, la multitud se puso en pie y dedicó a Watson una ovación; por un momento a Vasco le resultó imposible seguir con la mirada a Tolman.

Aunque solo por un momento. Tolman se dirigía ahora a la puerta central. Vasco se dio media vuelta y salió por la puerta lateral al pasillo en el mismo instante en que lo hacía Tolman, quien parpadeaba ofuscado por la luz.

El hombre miró el reloj y avanzó por el corredor más lejano, pasando junto a los grandes ventanales orientados hacia la réplica en ladrillo rojo del campanario de San Marcos del hotel Venetian, radiantemente iluminado de noche. Se dirigía a la zona de la piscina, o tal vez al patio. A esas horas ambos espacios se encontrarían muy concurridos.

Vasco lo siguió de cerca.  
Pensaba que ya lo tenía.

Jack Watson se paseaba por el salón de baile sonriendo y saludando con la mano a la multitud que lo aclamaba.

—Gracias, gracias. Son muy amables. Gracias... —Cada vez que pronunciaba las palabras agachaba un poco la cabeza. La dosis de modestia precisa.

Rick Diehl soltó un resoplido de desagrado al observarlo. Diehl se encontraba entre bastidores, siguiéndolo todo a través de un pequeño monitor en blanco y negro. Tenía treinta y cuatro años y era el director general de BioGen Research, una nueva empresa de Los Ángeles que pujaba por abrirse paso en el campo de la investigación. La actuación de su inversor externo más importante le había producido un gran desasosiego pues sabía que, a pesar de la actitud alentadora y las fotografías de prensa en las que aparecía junto a sonrientes niños de color, Jack Watson era un ser auténticamente despreciable. Tal como había dicho otra persona: «Lo mejor que puedo afirmar de Watson es que no es un sádico. Solo es un hijo de puta de marca mayor».

Diehl había aceptado la financiación de Watson con muchísima reticencia. Habría preferido no necesitarla. La esposa de Diehl era rica y él había fundado BioGen con su dinero. Su primera operación como director general había consistido en realizar una oferta por una línea celular propiedad de la UCLA: la línea celular Burnet. Se había desarrollado a partir de Frank Burnet, un hombre cuyo organismo producía unas moléculas químicas llamadas citocinas que resultaban muy eficaces contra el cáncer.

En realidad Diehl no esperaba conseguir la línea, pero así fue, y de pronto se encontró en la tesitura de tener que prepararse para que la FDA aprobara los ensayos clínicos. El coste de los ensayos empezó siendo de un millón de dólares, y pronto ascendió hasta los diez por cada uno, eso

sin tener en cuenta los costes colaterales y los posteriores gastos de comercialización. No podía depender únicamente del dinero de su esposa. Necesitaba financiación externa.

Fue entonces cuando descubrió lo arriesgado que consideraban los capitalistas invertir en citocinas. Muchas de estas moléculas, como por ejemplo las interleucinas, habían tardado años en salir al mercado. Se sabía que existían muchas otras que podían resultar peligrosas, incluso mortales, para los pacientes. Y encima a Frank Burnet no se le había ocurrido otra cosa que entablar una demanda judicial y sembrar dudas acerca de que BioGen fuera la propietaria de la línea celular. A Diehl le había costado mucho trabajo conseguir que los inversores accedieran aun a reunirse con él. Al final había tenido que aceptar la ayuda del sonriente y siempre bronceado Jack Watson.

Sin embargo, sabía muy bien que Watson no pretendía otra cosa que apoderarse de BioGen y propinarle a él, Rick Diehl, una patada en el culo.

—¡Jack! ¡El discurso ha sido magnífico! ¡Magnífico! —Rick le tendió la mano a Watson cuando por fin este se dirigió al camerino.

—Sí. Me alegro de que te haya gustado. —Watson no le devolvió el saludo. En vez de eso, se desprendió del transmisor inalámbrico y se lo colocó en la palma de la mano a Diehl—. Guárdame esto, Rick.

—Claro, Jack.

—¿Ha venido tu esposa?

—No, Karen no ha podido venir. —Diehl se encogió de hombros—. Ha tenido que quedarse con los niños.

—Es una pena que se haya perdido el discurso —opinó Watson.

—Ya le diré que vea el DVD —repuso Diehl.

—Hemos conseguido que las noticias lleguen ahí fuera —dijo Watson—. Esa es la cuestión. Ahora todo el mundo sabe que hay una demanda judicial en marcha y que Burnet se ha portado mal, y también que nosotros llevamos las de ganar. Eso es lo que importa. La empresa se encuentra perfectamente posicionada.

—¿Por eso accediste a dar el discurso? —preguntó Diehl.

Watson se lo quedó mirando.

—¿Y qué coño creías? ¿Que tenía muchas ganas de venir a Las Vegas? —A continuación se desprendió del micrófono y se lo entregó a Diehl—. Guárdame esto también.

—Claro, Jack.

Jack Watson se dio media vuelta y se alejó de él sin decir nada más. Rick Diehl se estremeció. Pensó que era una suerte que Karen tuviera dinero. De otro modo, estaría más que sentenciado.

Vasco Borden atravesó la arcada del Palacio Ducal y salió al patio siguiendo al fugitivo, Eddie Tolman, entre la concurrencia nocturna. Oyó un chisporroteo en el auricular. Debía de ser Dolly, su ayudante, desde otro lugar del hotel. Se llevó la mano a la oreja.

—Adelante —dijo.

—El calvo, Tolman, ha planeado una noche de lo más entretenida.

—¿De verdad?

—Sí, tiene...

—Espera —la interrumpió Vasco—, un momento.

Vasco no daba crédito a lo que tenía enfrente. En la zona derecha del patio vio a Jack B. Watson junto a una sensual morenaza mezclándose con la multitud. Watson tenía fama de andar siempre acompañado de mujeres guapísimas. Todas trabajaban para él. Eran muy inteligentes y de una belleza deslumbrante.

A Vasco no le sorprendió el aspecto de la mujer, lo que le llamó la atención fue ver que se dirigían en línea recta hacia Eddie Tolman, el fugitivo. Aquello no tenía ningún sentido. Aunque Tolman pretendiera cerrar algún trato con Watson, el conocido inversor nunca accedería a encontrarse con él personalmente. Y aún menos en un lugar público. Sin embargo, allí estaban, camino de colisionar en medio del transitado patio del Venetian, justo delante de sus narices.

¡Caray! No podía creer que algo así estuviera a punto de ocurrir.

En ese momento, la morenaza dio un pequeño traspíe y se detuvo. Llevaba un vestido corto muy ceñido y zapatos de tacón. Se apoyó en el hombro de Watson, flexionó la pierna por la rodilla mostrándola cuan larga era y examinó su zapato. Ajustó la tirita que lo sujetaba y se incorporó sonriendo a Watson. Vasco dejó de mirarlos un momento y se percató de que Tolman había desaparecido.

En ese instante, Watson y la mujer pasaban junto a él, tan cerca que percibió el aroma del perfume de ella y oyó que Watson le susurraba unas palabras; ella le dio un ligero apretón en el brazo y apoyó la cabeza en su hombro mientras seguían avanzando. Una pareja de lo más romántica.

¿Habría sido un simple accidente? O ¿lo habían planeado? ¿Lo habrían hecho para burlarlo? Presionó el auricular.

—Dolly, lo he perdido.

—No hay problema. Lo tengo yo. —Vasco alzó la vista. Dolly se encontraba en el segundo piso y divisaba a todas las personas de la planta baja—. ¿Es Jack Watson el que acaba de pasar?

—Sí, me parece que...

—No, no —lo interrumpió Dolly—. Es imposible que Watson esté metido en esto. No es su estilo. El calvo se dirige a su habitación porque tiene una cita. Eso era lo que empezaba a contarte. Le aguarda una noche muy entretenida.